

GLOBALIZACIÓN Y DERECHOS HUMANOS (*)

Jaime Rodríguez-Arana Muñoz

SUMARIO: I. Ética. II. Humanismo y globalización. III. Globalización y ciudadanía.

I. ÉTICA Y GLOBALIZACIÓN

Acostumbramos a quedarnos maravillados y anonadados ante la magia de esa palabra llamada globalización que parece ser el remedio para todos los males del planeta. Sin embargo, por ejemplo, no es menos frecuente escuchar que en el nombre de la globalización, los trabajadores del tercer mundo son explotados en fábricas que producen para las multinacionales, que se aprovechan de esa mano de obra barata. Por eso, el desafío se encuentra en cómo conseguir que la globalización haga posible un mundo más justo y humano y no aumente las desigualdades.

Esta pregunta fue abordada no hace mucho por el premio nobel Amartya SEN en unas interesantes declaraciones a la prensa francesa que vale la pena comentar. Para SEN, como para una gran mayoría, la globalización, en la medida en que trae consigo un mayor movimiento de bienes, de personas, de tecnología, de conocimiento, es positiva. Ahora bien, si una parte de la población mundial es marginada, entonces comienzan los problemas. En este contexto, el Estado debe propiciar que la economía de mercado, dice SEN, posibilite el desarrollo de las personas y no que el sistema económico asfixie a la gente. Por eso, lo decisivo hoy es democratizar el sistema económico, hacerlo más igualitario. Esto requiere “una visión más nítida de la globalización, que ni es un mal absoluto ni un ideal sin riesgo”.

La gran cuestión es, pues, ¿cómo pueden ayudar los países ricos a los más pobres? Muy sencillo, permitiendo a los países en vías de desarrollo aumentar su comercio, abriendo realmente sus mercados a los productos de los países pobres, comenta SEN. Además, como destaca el Nóbel en economía, sería deseable que bajasen los precios de los medicamentos. La cooperación, sin embargo, debe extenderse, sobre todo, a las libertades políticas, al acceso a la sanidad y a la educación. No es sólo una cuestión de renta.

Pero también, comenta SEN, los países en vías de desarrollo tienen responsabilidades decisivas en la lucha contra la pobreza. Deben propiciar una mayor participación de los ciudadanos en las decisiones que les conciernen, deben orientar su política

(*) Texto de la intervención del autor en el curso de verano sobre “La Globalización” organizado en Puente deume el 29 de julio de 2003.

hacia la economía de mercado y deben ayudar a los ciudadanos a integrarse en el nuevo orden económico. ¿Cómo atender estas políticas? SEN lo dice bien claro: el acceso a la sanidad, a la educación o la reforma agraria exigen gasto público de contenido social.

La globalización es un gran desafío para igualar las profundas desigualdades que se producen en este mundo. Si se orienta sólo a que los ricos sean cada vez menos y con más recursos y a que los pobres lo sean cada vez más y cada vez con menos recursos, entonces habremos perdido el tiempo.

No será quien escribe el que ponga en tela de juicio el concepto. Ni mucho menos. Pero sí me parece pertinente señalar que cuando se habla de globalización, de internacionalización o de mundialización se pretende reflejar una característica elemental de la naturaleza de las relaciones actuales. Me refiero a que la globalización más importante es la de las mentes de las personas, en muchos casos atrapadas en ese atávico razonamiento de lo unilateral, de lo único o de la verticalidad. Parece mentira pero me temo que lo decisivo para vivir con dignidad en estos tiempos es esa mentalidad abierta y esa capacidad para ver personas en los diferentes campos del trabajo moderno. De lo contrario, la globalización podría traer consigo una de las más insoportables dictaduras jamás sospechada: utilizar a las personas al servicio de esa palabra que suena tan a post-modernidad.

Siempre recordaré, en este sentido, un buen consejo que viene de diez años atrás, cuando entonces dirigía la Escuela Gallega de Administración Pública y que entonces, me proporcionó un auténtico maestro en el sentido más cabal del término: procura pensar en las personas que hay detrás de cada expediente administrativo y no olvides que todas las resoluciones que firmes, ya sean para consumo interno o de dimensión externa, deben poder publicarse en cualquier periódico para general conocimiento. Consejos, que se inscriben en una versión humanista y humanizadora de la acción pública.

Cuando la perspectiva de la razón humanitaria es fuerte y sólida, entonces nos podemos preguntar. ¿A quién beneficia la globalización?, ¿A quién perjudica?, ¿Es compatible la globalización con la solidaridad?, ¿Y con la equidad? Vaya por delante que me parece una solemne tontería, dicho sea con benevolencia, que se pretenda ese sutil juego del enfrentamiento o de la confrontación que se produce desde posiciones estáticas y apriorísticas superadas. Lo realmente importante es construir un sistema de globalización dónde la sensibilidad humana sea un elemento esencial. O si, se quiere, debemos hacer lo posible porque globalización y humanismo siempre aparezcan juntas, como si fueran las dos caras de un mismo fenómeno.

Es cierto, como dicen algunos, que la globalización incide sobre la democracia. Es lógico que este panorama de los mercados abiertos, nuevas tecnologías y flujo de la información afecte a la calidad de la democracia. Se produce, o debe producirse, una democratización permanente en todos los ámbitos de la actividad humana y un creciente humanismo para el que la referencia a la dignidad de la persona es un dato necesario.

Ahora bien, ¿cómo afectan las nuevas formas de trabajo que trae consigo la globalización en la vida de la gente? De entrada, hay que tener un poco de cuidado con el término flexibilidad. ¿Por qué? Porque, como ha apuntado recientemente el sociólogo Richard SENNET en su libro "La corrosión del carácter", las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, a través de los "beneficios" de horarios flexibles y del tele-trabajo, puedan enmascarar un control mayor de los jefes sobre los empleados. Es decir, la oficina virtual nunca cierra, lo que abre la posibilidad de que los jefes abusen exigiendo que los empleados trabajen desde casa más allá de la jornada laboral incluso, los sábados y domingos.

La clave, por tanto, no está tanto en los sistemas, en las estructuras o en las metodologías por buenas y modernas que sean. La clave está en pensar en la gente, en saber

como van a afectar a las personas determinadas decisiones. Si van a ampliar su espectro de posibilidades o si, por el contrario, se va a estrechar el cerco.

Una reflexión que puede parecer pesimista pero que no lo es nos invita a preguntarnos si la globalización aumenta o no aumenta la indiferencia hacia las personas. La personas, como escribe Sennet, son hoy tan de usar y tirar como los vasos de plástico de las flexibles oficinas en las que trabajan esas flexibles corporaciones. Sin embargo, es necesario volver a insistir que la sensibilidad hacia las personas debe ser una nota esencial de la globalización. Si no se da en la medida necesaria, ¿será porque estamos demasiado obsesionados con el corto plazo y no nos damos cuenta que convivimos con personas que muchas veces esperan de nosotros aliento, comprensión y estímulo? Tenemos, ante nuestros ojos, una gran oportunidad que no debemos desaprovechar.

En su despedida de la dirección de la UNESCO, el profesor MAYOR ZARAGOZA volvió a enunciar una de sus frases más reiteradas: globalización, globalización, la de la pobreza. Y, ciertamente, no le falta razón. ¿Cuántas veces se nos llena la boca con esos vocablos tan modernos de mundialización, internacionalización o globalización para calificar nuestra sociedad de principios de milenio? Y, cuantas veces, cuando nos recuerdan que la brecha entre los países pobres y los ricos es más amplia cada vez, nos quedamos pensativos, hasta un poco tristes.

Sí, no podemos ni debemos cerrar los ojos, a no ser que prefiramos encerrarnos en una preciosa bola de cristal: en la torre de marfil del egoísmo, o del individualismo radical.

Pues bien, en este contexto, se puede afirmar que la liberalización es uno de los elementos básicos de la globalización. Pero esta liberalización no es simétrica. Así, mientras los países en desarrollo (PED) han abierto considerablemente sus mercados a los productos procedentes de los países desarrollados (PD), sus exportaciones, por paradójico que parezca, encuentran fuertes restricciones de los países industrializados. Esta es una de las conclusiones del último informe anual de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) aunque, a algunos, no nos sorprende excesivamente. Se habla mucho, se escribe continuamente sobre ética y derechos humanos, pero pienso que todavía no son muchos los que están dispuestos de verdad a romper esta lógica perversa de dominadores y dominados que persiste a nivel mundial como consecuencia de un capitalismo que sólo entiende de beneficios al precio que sea.

En todo caso, el informe de la UNCTAD tiene interés. Por una parte, se recomendó la liberalización rápida de los PED en la década anterior con el objetivo, quizás ingenuo, de proporcionar a estos países acceso a capitales, mercados y tecnologías extranjeras. ¿Qué ha ocurrido? Sencillamente, como no podía ser menos, que el crecimiento económico de los PED prácticamente ha sido nulo y el aumento de flujo de capitales volvió a datos de décadas precedentes. La deuda externa vuelve a subir -en Latinoamérica el 200%-. Y, lo lógico en esta dinámica depredadora: un pequeño grupo de mercados emergentes ha recibido el 90% de los capitales extranjeros.

¿Las causas? Las que podemos vislumbrar. Como dice el documento de la UNCTAD que ahora comentamos, la liberalización salvaje ha llevado a un fuerte incremento de las importaciones en los PED, sin que las exportaciones hayan podido crecer al mismo paso. Por el contrario, mientras crecen los déficits comerciales de los PED, los PD se ahorraron en 1998 -según la OCDE- 60.000 millones de dólares en sus compras de petróleo, suma superior al total de su ayuda oficial al desarrollo. Sin comentarios.

¿Porqué los PED encuentran tantas dificultades a la exportación? Pues, porque, como usted estará pensando, no por las facilidades de los PD, sino por su proteccionismo. Si, porque a los PD, indirectamente, parece molestarles que los PED puedan sacar

provecho de sus ventajas competitivas, actuales o potenciales. No vaya a ser que el mundo de los países en desarrollo ponga en peligro la calidad de vida de los países que tanto hablan de globalización, mundialización o internacionalización. Por ejemplo, si nos centramos en la industria de baja tecnología, ¿porque ese proteccionismo ocasiona pérdidas de 700.000 millones de dólares al año en ingresos por exportaciones?

En este contexto, la UNCTAD, le deseamos la mayor fortuna, recomienda a los PD que rebajen los aranceles impuestos a los productos procedentes de los llamados PED. Además, este órgano oficial, exhorta, veremos con qué éxito, a revisar ciertas prácticas comerciales en los PD, supuestamente dirigidas a asegurar el juego limpio en los intercambios o a proteger a los consumidores, pero que en realidad son instrumentos para controlar las importaciones.

Me parece bien que el mensaje de la UNCTAD abogue por el derribo de las barreras comerciales a las exportaciones de los PD, a fin de corregir la simetría. Sólo faltaría. Estoy de acuerdo, pero todavía sería mejor si apelara a la conciencia social de la gente. No nos engañemos, estamos al final de un tiempo que, en conjunto, tiene luces, pero muchas, muchas sombras. Ahora estamos estrenando un nuevo siglo y lo que parece cierto es que las soluciones tradicionales no funcionan. Quizás porque se acabó el mundo de las recetas prefabricadas y porque, quien sabe si, ha llegado el momento de liberar la libertad, de democratizar la democracia y, sobre todo, de que el poder, ya sea político, económico o racial, se convierta en un entorno de profunda humanización de la realidad. Pero para eso, el compromiso real con los derechos humanos debe dejar de ser algo teórico y convertirse en algo auténtico que constituya el ambiente natural del trabajo.

Parece que nadie duda de las bondades de la globalización económica ni de la necesidad de apostar por modelos abiertos, equilibrados, en los que puedan participar todos y en los que se genere más desarrollo para los ciudadanos. Por eso, entre otras consideraciones, el último informe del Banco Mundial sobre El Estado en un mundo en transformación señala que la globalización es una buena ocasión para aumentar la eficiencia del Estado como presupuesto para el desarrollo y el bienestar económico.

Hoy en día, la globalización exige que el Estado hable en clave de competencia. Hoy, los servicios públicos deben regirse, en el marco de la legalidad y del servicio a los ciudadanos, por la competencia. Hoy, por tanto, la apertura a la internacionalización equivale a promover actuaciones colectivas, de todos los Estados, a nivel mundial. Porque la integración mundial, dice el informe del Banco Mundial, facilita la colaboración internacional para combatir las amenazas que se plantean en un escenario multilateral, que son los casos de recalentamiento del planeta, de las crisis y conflictos que suponen ayuda a refugiados, de las crisis financieras, de la protección del medio ambiente desde la perspectiva del cambio climático, de la biodiversidad o de la protección de las aguas internacionales; del fomento de la investigación básica y de la mayor eficacia en la asistencia internacional para el desarrollo.

El debate actual sobre los desafíos que acechan al mundo de nuestros días exigen una metodología del entendimiento, una mentalidad abierta y una actitud de solidaridad. Así, me parece que se puede abordar con sentido común la cuestión de la globalización y así me parece que se puede explicar también la globalización como una condición para el libre desarrollo de la gente¹.

¹ Vid. La tercera moción titulada “Ética y globalización” de la Asamblea de Parlamentarios del Mundo con ocasión del Jubileo de Gobernantes y Parlamentarios celebrada el 4 de noviembre de 2000 en la Ciudad del Vaticano.

II. HUMANISMO Y GLOBALIZACIÓN.

Una de las cuestiones que más preocupa a los filósofos de la política y a los cultivadores de las ciencias sociales es, sin lugar a dudas, la fuerza y operatividad de las iniciativas civiles. Alejandro LLANO, en un libro titulado “Humanismo Cívico - Barcelona, 1999- ha llamado la atención sobre el déficit de la presencia activa y potente de una ciudadanía reflexiva, dispuesta a hacer valer en todo momento la evidencia de que la única configuración justa de una sociedad es aquella que reconoce la relevancia pública de la libertad concertada de sus miembros. En este sentido, las profecías de TOCQUEVILLE sobre el llamado “despotismo blando” o sobre el sometimiento de las personas y comunidades solidarias a ese “inmenso poder tutelar”, se han ido cumpliendo casi a la letra.

Una vez que las posiciones individualistas o comunitaristas parece que no alcanzan a fundamentar esa humanización de la realidad, parece necesario colocar en su justo término la responsabilidad de las personas y la centralidad de las comunidades humanas en el vértice del desarrollo de la vida política.

¿Cuál es en la política el protagonismo real de las personas concretas? ¿Somos conscientes los ciudadanos de nuestra condición de miembros activos y responsables de la sociedad y participamos eficazmente en la configuración política? ¿Son las comunidades humanas esos escenarios de libre desarrollo de la personalidad de sus miembros? ¿Son esas subjetividades sociales autónomas ambientes de auténtico ejercicio democrático de las virtudes sociales?, ¿Es la vida pública un ámbito de despliegue de las libertades sociales y una instancia de garantía para que la vida de las comunidades no sufra interferencias indebidas ni abusivas presiones de poderes ajenos a ellas?

La contestación sincera a estas preguntas nos pone de manifiesto, me parece, la importancia de colocar a la persona concreta en el centro de la vida política. Pero para que esto sea real y auténtico es preciso denunciar que ha pasado ya el momento de apogeo de ese tecnosistema que bascula sólo sobre el Estado, el mercado y los medios de comunicación. Ahora es necesario buscar la manera de que brille el protagonismo de los ciudadanos, su capacidad de participación política.

La tarea es compleja pero apasionante. Y, en esta tarea de humanizar la realidad, hay que tener presente como señala Alejandro LLANO en su libro, que son muchos los que han visto y sufrido la realidad de unos intercambios subrepticios -tan reales como inmorales- de los medios simbólicos correspondientes al mercado, al Estado y a los medios de comunicación. Han palpado de cerca la arrogancia de los poderes, la prepotencia de los situados, el avasallamiento de que han sido objeto iniciativas sociales magnánimas y constructivas, la mentira política, la violencia terrorista, la guerra sucia acompañada del enriquecimiento de sus promotores: todo eso que, desde MAQUIAVELO, se llama en teoría política corrupción.

Es necesario humanizar el poder, es necesario que desaparezcan las experiencias de exclusión y laminación que practican los que están en el vértice, es necesario celebrar y animar iniciativas sociales que coadyuven a construir el bienestar general como tarea compartida. Para ello, insisto, es importante constatar la fuerza que van cobrando esas instituciones sociales donde se pone en juego la responsabilidad y la participación de los ciudadanos. Por eso, es un síntoma de esperanza llamar la atención sobre el hecho de que los ciudadanos mismos han echado mano de sus propios recursos y empiezan a tomarse la libertad de operar por cuenta propia, sin esperar permisos no requeridos ni subvenciones que condicionen su forma de actuar.

Mucho se ha hablado y escrito sobre la llamada crisis del Estado del bienestar y sobre la emergencia de la sociedad del bienestar. Lo que parece claro, al menos para mí,

es que el diseño y ejecución del Estado del bienestar ha fracasado como intento de mejora de la calidad del bienestar general de los individuos porque se ancló en un tecnosistema estático y cerrado que no fue capaz de activar la fuerza de las iniciativas sociales. Más bien, las ahorró en un intento de situar en la cúpula a esa tecnocracia y burocracia que todavía hoy se resiste a abandonar numerosos privilegios y prerrogativas de difícil justificación. Sin embargo, en su definición, el Estado del bienestar trajo algo positivo: una mayor sensibilidad frente a los problemas y conflictos sociales.

Pues bien, hoy parece que, poco a poco, va despertando en serio un nuevo esquema de emergencia de las energías latentes en la sociedad recogiendo el dinamismo vital que surge del mundo real, de la vida misma, de la cotidianeidad espontánea. Algunos, en contraposición a la dominación reciente, y ya caduca, del Estado de bienestar, califican estas iniciativas como sociedad del bienestar. Me parece una buena denominación para descubrir la caída de los rígidos esquemas tecnoestructurales en favor, como dice Alejandro LLANO, del plano de la vitalidad ciudadana, por una parte, y la tendencia a diferenciar y universalizar realmente, por otra. Se trata, desde este planteamiento, de transferir a las comunidades locales, más que competencias administrativas -que también- energías sociales. Se trata de avanzar hacia la activación de redes de solidaridades primarias y secundarias, para dotarlas de medios y competencias que hagan capaces de atender a indigentes, discapacitados, huérfanos o ancianos de una manera más humana. En esta hipótesis, los poderes públicos deben ampliar su presencia en el ámbito social pero sin actuar directamente, sino facilitar medios para que se vaya humanizando la atención a los marginados y excluidos.

Hoy, como ha señalado MACINTYRE es necesario potenciar cualidades tan profundamente enraizadas en el pensamiento democrático como el servicio a los más necesitados, el cuidado de los más débiles, el respeto a la corporalidad decaída, la capacidad de sacrificio, el reconocimiento de la dignidad intocable de cada una de las personas, la misericordia, la ternura o el agradecimiento. En el fondo, como ha señalado LLANO, el humanismo cívico requiere atender a estas diferencias inspirando un nuevo concepto de ciudadanía, que apunte hacia los derechos humanos, con un sesgo más cultural que técnico-político.

Es bien sabido que en ocasiones se ha intentado a toda costa evitar que el proceso educativo se caracterice por la formación integral y por el cultivo de las humanidades. No es una casualidad. Es, me parece, una singular manera de evitar que la sociedad disponga de hombres y mujeres libres, con una formación amplia, amigos de la discusión y del debate, sensibles a la crítica y comprometidos con los valores humanos.

Por paradójico que parezca, los planteamientos de corte intervencionista han intentado tener a la entera sociedad bajo el control público y, para ello, nada mejor que contribuir a formar -deformar- hombres y mujeres conformistas, que todo lo esperan del Estado; hombres y mujeres que no saben lo que es el esfuerzo y que no quieren oír hablar de solidaridad o compromiso. Es obvio que este perfil encaja en un mundo educativo ajeno a las humanidades.

Algo de esto, por duro que parezca, puede estar pasando en el viejo continente. Da pena, desde otro punto de vista, contemplar el bajo nivel en el conocimiento de los clásicos que tienen especialistas del mundo de la Economía, del Derecho. ¿La causa?: los contenidos educativos del bachillerato. Por eso, celebro la reforma reciente que ha planteado, en España, la Ministra de Educación.

El conocimiento, por ejemplo de los clásicos, sirve para comprender mejor el mundo humano, para extraer de él al tiempo la belleza, la esperanza, las enseñanzas que hoy tanto necesitamos. Igualmente, la literatura y la filosofía clásica siguen siendo válidas porque el hombre sigue siendo el mismo: las pasiones, los intereses, los prejuicios,

siguen siendo idénticos. El día en que temas como el de la solidaridad, el poder, la venganza, el honor o el amor no sean ya humanos, dejarán de ser actuales HOMERO, SÓFOCLES O VIRGILIO.

La política, es la misma. Los mismos sistemas, ya tiránicos, ya clasistas, ya democráticos. Los mismos conflictos entre individuo y sociedad, entre libertad y autoridad, entre virtud y corrupción. La misma alternativa entre las revoluciones y los períodos pacíficos y conformistas. La misma tensión entre idea y realidad.

Es importante volver a los contenidos humanísticos en el bachillerato y en la universidad. Es importante y urgente porque la formación humanística aumenta la sensibilidad de los ciudadanos ante la injusticia, ante la intolerancia, ante los fundamentalismos y ante ese despotismo blando tan de moda que acaba por ir borrando poco a poco la fuerza de la libertad y del compromiso por los derechos humanos.

Los franceses, hay que reconocerlo, siempre han sido unos auténticos adelantados en las reformas educativas. Ahora han sido conscientes de la importancia de las humanidades y no han dudado en potenciarlas. Así, por ejemplo, resulta que los estudiantes de la enseñanza secundaria de letras tienen también libre el acceso a las grandes “Écoles” que, como todos sabemos, son las instituciones superiores de mayor prestigio no sólo en Francia sino en buena parte del viejo continente.

Hasta ahora, las grandes Escuelas francesas estaban convencidas de que en un mundo dominado por la técnica, eran las matemáticas la disciplina capital para seleccionar a los mejores. Sin embargo, la economía no es un fin en sí misma tal y como lo ha puesto de manifiesto la realidad. Efectivamente, la crisis económica ha traído consigo, entre otras cosas, la necesidad de superar planteamientos unilaterales y de afrontar el futuro en un ambiente abierto. Por eso, ahora las grandes “Écoles” admiten a personas de orígenes académicos diversos. ¿Por qué? Porque es necesaria una formación cada vez más amplia que enseñe el valor del hombre y la potencialidad de los estudios lingüísticos, históricos, sociológicos o jurídicos.

En el mismo sentido, la reforma del bachillerato en Francia se dirige a conseguir que todos los escolares dominen la expresión oral y escrita. Se refuerzan las lenguas clásicas: el latín y el griego y a partir de los trece años será obligatorio un segundo idioma moderno.

Henry ROSOVSTRY, el famoso reformador de Harvard, el responsable de la “revolución humanista del curriculum” allá por los años setenta del siglo pasado, justificaba el peso de las humanidades señalando que la educación no es algo estático, sino que cambia con las circunstancias. Por eso, los planes de estudio deben variar cada veinte o veinticinco años. Hoy, dice el ex-Decano de Harvard, tenemos que estar atentos a hechos como la incorporación de la mujer al sistema laboral, la aparición de nuevas disciplinas, la revolución tecnológica... Además, la educación supone el desarrollo total del individuo y esto implica que a la formación profesional debe sumarse la formación humanística. Como dice, ROSOVSTRY, una persona está bien educada si es capaz de analizar críticamente su sociedad, si le interesan otras culturas o épocas, si está formada para tomar decisiones éticas y, por supuesto, si tiene conocimientos especializados, pues en la especialización se va a apoyar la futura estructura del empleo.

Finalmente, hay que destacar el proyecto de puesta en marcha de un Campus, “Leonardo da Vinci”, financiado conjuntamente por el Estado y algunas empresas privadas en el que se ha previsto que los alumnos compaginen los estudios técnicos con áreas humanísticas como la literatura, la sociología, las lenguas extranjeras y la cultura general.

El camino emprendido por los franceses y norteamericanos bien puede hacer reflexionar a muchos responsables educativos que, en los últimos años, han reducido los

estudios humanísticos y empiecen a ser conscientes de las nuevas realidades en las que vivimos. La necesidad de una formación general, multidisciplinar, que eduque en la responsabilidad y la libertad, con sólidos valores éticos es una exigencia para avanzar con paso firme en el nuevo siglo. Es una de las reformas más importantes para el futuro de España y una de las inversiones más rentables.

La separación entre lo metafísicamente bueno y lo políticamente correcto manifiesta la profunda fractura que ha producido en la vida social la consideración totalitaria de la razón técnica. Entre otras razones, porque es prácticamente imposible la neutralidad moral en la ordenación de la vida pública. Por eso, es necesario que se humanice la razón técnica y la razón política como consecuencia del despertar de las iniciativas e impulsos vitales de las personas.

La denominada “posmodernidad” ha fracasado si nos atenemos a la incidencia de los avances científicos y técnicos en la calidad de vida de la mayoría de los habitantes del planeta. Me parece que la manifestación de ese fracaso, como señala una pensadora de nuestro tiempo, es su expresión profundamente antihumanista marcada por la renuncia sistemática a los grandes ideales.

En el humanismo, el empeño por la propia libertad es lo esencial. Es una tarea, ésta, que no se puede improvisar, pues, como se ha señalado, la libertad empeñada no es una mera libertad negativa. Es mucho más y exige una implicación de la persona en una comunidad de ciudadanos en la que sea posible aprender a ser libres, a base de enseñanzas y correcciones, de cumplimiento de las leyes, de participación en empresas comunes y de entrenamiento en el oficio de la ciudadanía, dice Alejandro LLANO. Para el humanismo no hay democracia sin comunidad y es una idea central que el poder político se fundamenta en la libertad concertada de los ciudadanos. Así, se entiende que la conquista de la propia identidad sea dialógica, en la medida en que se nutre de la conversación sosegada y de los proyectos compartidos.

En este contexto cobran una especial relevancia las Humanidades. Desgraciadamente, el interés general por la literatura, la historia, la filosofía, la teoría de la ciencia o el arte es escaso. Mientras que el interés se centra en los escándalos políticos y en la libre manifestación de la intimidad de los famosos, el abandono de las Humanidades ha ido parejo con la inhibición de la gente de sus responsabilidades en la conformación del escenario público. Es lógico porque las Humanidades facilitan esa aproximación crítica a la realidad social, constituyen un foco permanente de cultura, nos recuerdan nuestra deuda con el pasado e inspiran nuestra creatividad.

Por eso, debemos tomarnos más en serio las energías latentes en la sociedad y coger el dinamismo vital del mundo de la vida, del mundo de la cultura. Es mucho lo que nos jugamos.

Cuando la fundamentación de las normas reside en la autoridad y no en la verdad, baja el nivel de la racionalidad ética. Cuando en lugar de edificar el contrato social sobre el humanismo, se fundamenta en una minoría tecnocrática que decide, en nombre de la neutralidad y el procedimiento, lo bueno y lo malo, entonces se diluye el respeto a la libertad y a la dignidad del ser humano. Entonces, nos encontramos ante un encorsetamiento de la vida, vivimos en un ambiente artificialmente cerrado y, es lo más grave, desaparece el valor auténtico y la riqueza creadora de las personas. Es la situación que algún filósofo ha calificado como inhumanismo. Lo contrario precisamente a un ambiente en el que la fuerza vital de las energías e iniciativas de la gente sea el motor real del cambio y la evolución social.

En un ambiente en el que se desconfía de la capacidad vital de acuerdo con lo que cada uno de los ciudadanos considera como bueno para todos, quiebra uno de los principios centrales de la vida colectiva como es el bien general o bien común. Se trata,

me parece, de una sutil operación orquestada por quienes no tienen empacho alguno en negar la capacidad ética de la gente que se “expulsa” al mundo de la conciencia individual, a la intimidad. Estos nuevos invasores que actúan amparados por su especialización en el interés general, se erigen, sin legitimación real, en la única fuente de lo bueno y lo malo para la colectividad. Ellos son los que, con ocasión y sin ella, enarbolan la bandera de la única política posible que, lógicamente, se inscribe en el triunfo de la tecnoestructura sobre la vitalidad de la realidad que, de esta forma, queda amordazada al ambiente del yo personal.

La dictadura del tecnosistema condena a la separación de la ética privada, enclaustrada y encadenada al ámbito de la conciencia individual, y la ética pública, que aparece como la única racionalidad moral posible y capaz de discernir lo que es bueno o malo para la sociedad, o, si se quiere, lo que es correcto o incorrecto para todos. Esta quiebra provoca uno de los más nefastos efectos que se pueden dar en una sociedad abierta y democrática: la expulsión, de la gente corriente que queda supeditada a la configuración burocrática y tecnocrática.

III. GLOBALIZACIÓN Y CIUDADANÍA.

Uno de los conceptos que últimamente está despertando interesantes aproximaciones científicas es el de ciudadanía. Ya sea desde el punto de vista de la filosofía política o de las ciencias sociales, está irrumpiendo con inusitada fuerza todo un conjunto de investigaciones multidisciplinarias que buscan colocar en el primer plano de la hermenéutica democrática precisamente las iniciativas sociales de la gente como elemento central del sistema de justicia y libertades.

Primera razón. Parece que cada vez es más perceptible, como señala LLANO, la realidad de un tejido social de carácter prepolítico y preeconómico, que se mueve en ese ámbito que -en su amplia acepción actual- podemos denominar cultura, es decir, activo cultivo de las capacidades personales y comunitarias para configurar un modo de vida que acaba por tener decisivas repercusiones políticas y económicas. Sí, cada vez aparecen más manifestaciones del libre ejercicio de la participación ciudadana y de la responsabilidad personal que se alían para defender parcelas de relieve social.

Segunda razón. Los poderes públicos y, sobre todo, el llamado Estado del Bienestar, han fracasado en su intento de definir, de encauzar unilateralmente las necesidades colectivas. Por una cuestión muy sencilla. Porque el estatismo y la burocratización que ha traído el Estado del Bienestar se ha olvidado de lo más importante. Se ha olvidado, ni más ni menos, que de pensar en la gente, en las personas concretas. Se ha aumentado el gasto público a través de programas especiales y del aumento de los funcionarios y el resultado ha sido que sigue mandando la burocracia con toda su red de poderes y, sin embargo, descendió notablemente el nivel de calidad de los servicios. Y lo que es más importante, bajó el grado de satisfacción de los ciudadanos por la prestación de dichos servicios. Como señaló MORIN no hace mucho escribiendo sobre los servicios sociales, el aumento del gasto público en este área no ha traído consigo un mejor servicio a los excluidos, desfavorecidos o necesitados.

Tercera razón. Hoy, la política ya no es de la propiedad de los políticos o profesionales del ejercicio del poder, sino de la gente, de los ciudadanos, o de los electores. Por eso, nos guste o no, en algún tiempo veremos como se van desmoronando viejas técnicas de control y organización política propias de una concepción vertical del mando, para dar entrada a nuevas experiencias más democráticas y procedentes de la realidad, de la vida misma.

Cuarta razón. Tampoco el mercado por sí solo es la panacea que todo lo arregla ni la quintaesencia de la eficiencia. No se trata, en mi opinión, de sustituir el peso del sector público por el sector privado. No se trata, sólo, de privatizar y privatizar pues, a veces, los procesos de privatización pueden alimentar peligrosos oligopolios que amenazan con invadirnos a través de esa sutil monserga del todo vale, lo importante es tener, acumular; lo importante, en definitiva, es el poderoso don dinero.

La importancia del concepto de ciudadanía como propuesta de investigación social nos pone delante de los ojos algo que me parece básico: se trata de desburocratizar y desmercantilizar, como señala LLANO, con objeto de liberar las vitalidades que laten en el ámbito cultural del mundo de la vida. Es decir, que el funcionamiento de la democracia represente la realidad. Por eso, cada vez será más importante apuntar hacia los inagotables recursos que atesora el temple intelectual del pueblo.